

E. MIRET MAGDA LENA

Sin pena ni gloria pasó el documento más importante de estos últimos tiempos publicado por la Santa Sede: la carta que el Cardenal Roy escribió a Pablo VI, como presidente de la Comisión Pontificia JUSTICIA Y PAZ, con motivo del décimo aniversario de la famosa y en su tiempo discutida encíclica de Juan XXIII "Paz en la Tierra".

Este documento es de los más importantes, porque la realidad del mundo actual ha ido poco a poco demostrando que sus análisis del proceso contemporáneo eran verdaderos y, en algún caso, anticipadores.

El Cardenal Roy hace una gran alabanza de aquella encíclica, pero también es cierto que dice una cosa muy importante: que algunas de las afirmaciones del Papa Roncalli no se han cumplido. Estaba todavía aquel Papa impresionado por un esquema idílico de la Humanidad, que le parecía fácil alcanzar en el proceso del mundo que él creía percibir.

Pero esto no ha sido así. Algo que vislumbró ya el inteligente Pío XI es lo que se ha producido. El Papa Ratti había desvelado el germen de una fuerza avasallante de la sociedad actual: "una descomunal y tiránica prepotencia económica en manos de unos pocos", que se ha convertido en las llamadas empresas multinacionales. Y añadía Pío XI que estos grupos poderosos de intereses económicos "se apoderan de las finanzas y señorean sobre el crédito", traspasando las fronteras nacionales muchas veces. Del mismo modo veía el comienzo de un egoísmo que no se centra solamente en los individuos, sino en las naciones del superdesarrollo. Decía este Papa que "las naciones emplean su fuerza y su política para promover cada cual los intereses económicos de sus súbditos", y es muchas veces verdad.

En una palabra, nos encontramos en esa época detectada germinalmente por este Papa de los años 20, y que resumió con la dura calificación de "el imperialismo internacional del dinero".

Pasó este Papa, y resonó la voz más suave y complaciente de Pío XII, que vislumbraba un mundo menos pesimista, y a ésta se añadió el optimismo esperanzador de Juan XXIII.

Pero ahora no tenemos más remedio que volver a recordar a aquel Papa de hace medio siglo cuando nos damos cuenta de que el mundo está sobre todo en manos de "las fuerzas transnacionales" (Cardenal Roy).

Estas fuerzas que son "las empresas multinacionales, los sistemas monetarios, los medios de comunicación de masas, la civilización de la imagen". La política internacional es desplazada por la fuerza de lo económico a través de estas fuerzas, que tienen en su mano los masivos medios de influencia.

Las recetas morales y las exhortaciones sermoneadoras han fracasado. La Iglesia tiene que acostumbrarse a hacer un análisis más objetivo y más frío de la realidad,

y de esas fuerzas que pueden transformar y mejorar esta realidad, y aconsejar a sus seguidores dando una palabra de ánimo a los que fuera de sus filas están empeñados en la misma pacífica batalla.

Hoy amanece un mundo nuevo en donde se producen cosas imprevistas por los ciudadanos de la sociedad mundial. Todos somos conscientes en este momento de lo que supone la crisis del petróleo, la escasez de fuentes de energía, la penuria de materias primas y el fenómeno creciente de la inflación en el mundo actual.

En una sociedad en la cual todo se ha centrado en un solo anhelo, "el deseo de tener cada vez más", como advertía Pablo VI en su "Populorum Progressio", ¿qué podía esperar?, ¿y qué pasará —podemos preguntarnos— cuando esta masa se dé cuenta de que ese anhelo resulta imposible, porque nos encontramos en un callejón sin salida?

EL MUNDO QUE SE AVECINA

La reacción inmediata no se está haciendo esperar; es una reacción de frustración. El deseo anheloso del ciudadano del mundo presente queda insatisfecho, y se siente el individuo frustrado por ello.

No está preparado el hombre de finales del siglo XX para los conflictos y carencias que empiezan a producirse. Lo que nos lleva a ahondar en esa actitud superficial en que hemos vivido hasta ahora los hombres de este final de siglo, y que podemos resumir en estos tres aspectos: 1) "La ausencia de grandes causas que nos motiven"; 2) "la radicalización de la desconfianza mutua", y 3) "la ausencia de consideración y de identificación en que vive el individuo, la necesidad de ser conocido y reconocido por la sociedad, de tener calor humano y de ser respetado en la propia intimidad" (Cardenal Roy).

Lo que hace unos meses solamente eran disquisiciones más o menos probables de los futurólogos, es hoy una realidad. Una realidad que se podría cifrar en la imposibilidad de seguir la marcha de aumento cuantitativo del consumo y la necesidad de crear un hombre diferente de cara al porvenir que se nos avecina.

Todo ello empieza a tener el aspecto de la restricción y del freno económico. En Francia, en su zona más industrial, la sociedad PHILAR, por ejemplo, ha empezado un paro técnico entre su personal por una simple razón: la carencia de un aprovisio-

namiento suficiente de la fibra textil artificial. Y la sociedad Carrefour está dando la gasolina con cuentagotas a sus clientes: no vende más que la cantidad correspondiente a 20 francos franceses por cliente.

En Bélgica son docenas las empresas que han tenido que cerrar sus puertas por carecer de materias primas petroquímicas o por penuria de combustible. Y los alambros publicitarios se prohíben desde las diez de la noche.

En todos los países de la industria automovilista ha sido ésta grandemente impactada. La FIAT italiana ha anunciado que sus exportaciones bajaron en noviembre pasado el 35 por 100 y que sus pedidos disminuyeron en un 15 por 100. Y la GENERAL MOTORS de Europa decidió disminuir su producción el 10 por 100.

El crecimiento económico previsto para el año próximo en USA era del 4 por 100, pero el Chase Manhattan Bank acaba de hacer un nuevo cálculo, del cual se deduce que este crecimiento será nulo. Y en el Japón, el Organismo Nacional de Planificación Económica prevé que la tasa de crecimiento, calculada hace poco en el 10 por 100 para el año 1974, sólo será del 1,7, si es que no hay una disminución mayor en el suministro de petróleo que hoy tiene. Y todo ello ha de incidir en la situación económica de la industria y del mundo del trabajo, que es quien más se perjudica siempre en estos avatares económicos.

Algunos, con demasiada corta visión, lo atribuyen todo al conflicto árabe-israelí, cuando en realidad este conflicto no ha hecho más que adelantar el advenimiento de lo que ya estaba a punto de ocurrir, y que los especialistas en "prospectiva" habían anunciado sin que nadie les creyera.

El Cardenal Roy había dicho lo mismo, y había llamado la atención de los dirigentes de la sociedad contemporánea y de los simples ciudadanos, haciéndoles la reflexión de que se debía estructurar una sociedad en donde se "reivindicase la calidad de la vida sobre la cantidad de bienes de consumo". No se trataba con estas palabras de canonizar las injusticias sociales, sino todo lo contrario: estructurar con decisión una nueva sociedad en donde nadie tuviera mucho, todos participasen más de lo que se tiene y no hubiera ninguna discriminación grave sobre el derecho a esta calidad de la vida que todo ser humano tiene, sea cual sea su situación en la sociedad.

Así podrían también resolverse los demás problemas que tiene el mundo, como es el de la contaminación atmosférica y la polución de las aguas, ya que el egoísmo de unos pocos fautores de la sociedad de consumo no podrían estropear el derecho que todos tenemos a un ambiente sano y satisfactorio. Del mismo modo que tendremos que superar, en los que tienen más, el individualismo egocéntrico de nuestros gastos y consumo para poder seguir viviendo en el futuro todos.